

acerca á él, es un pecador cargado con toda clase de iniquidades. . . . . Antes de presentarse, la fé le ha prevenido ya, y sabe por consiguiente, no sólo que se presenta á su juez, sino tambien á su médico y á su padre. Este tiene la obligacion de acogerle con caridad, cuando está ya arrepentido, de ayudarle en su flaqueza, de hacerle accesible el buen sendero y de consolarle; porque hace las veces de aquel Dios de misericordia, que grita al pecador con voz que penetra hasta lo íntimo de su corazon; *¿por qué habeis de morir?* de aquel Dios que llama á sí á todos los afligidos, á todos los desgraciados, diciéndoles, *Venid á mí todos los que os encontrais gravados y en trabajos:* de aquel Dios que acoge con singular amor á los pecadores arrepentidos, á las Samaritanas llorosas, á las Magdalenas convertidas. . . . Cae, pues, á los piés del Confesor, y este acoge con caridad al pródigo que vuelve á su padre. ¡Gran Dios! ¡Cómo se ve entónces palpablemente, que la bondad infinita del gran Padre celestial sabe consolar desde los primeros pasos á un pecador arrepentido! Se deshace el desgraciado en lágrimas de contricion, se affige, repasando sus extravíos en la amargura de su corazon; y sin embargo, aquel dolor es suave, aquellas lágrimas son dulces, aquella amargura fortifica, aquella confusion ennoblece y eleva; porque una voz secreta le hace comprender íntimamente, que ya aborrece la culpa y la abomina; que Dios, olvidándola desde luego, le vuelve su amistad, le reviste de su gracia, y le estrecha tiernamente contra su seno. No podemos ciertamente explicar en qué consiste esa union secreta del alma, ese abrazo del alma con Dios; sólo sabemos que penetra íntimamente en todas las fibras del corazon, y que las inunda de una dulzura inusitada. . . . ¡El que ha experimentado esto de vez en cuando, sabe que no mentimos! Y si entre vosotros, amados hijos, hay muchos como no lo dudamos, que hayan sentido esto algunas veces, desde luego podreis comprender perfectamente, que en la buena confesion, como que se palpa y se toca, la realidad de aquella invitacion que Dios nos hace por el Santo Rey David, cuando nos dice: *Gustate et videte quoniam suavis est dominus.* Gustad y experimentad cuán suave es el Señor.

Escrito está en los oráculos Divinos, que *la iniquidad se miente á sí misma: Mentita est iniquitas sibi:* y esto se ve y se palpa en los ataques de los protestantes contra la Confesion Sacramental, puesto que unas veces la llaman con Lutero *una tiranía, un insoportable*

*yugo;* y otras, con los escritores herejes anglicanos, la califican de carga tan ligera, que por su misma facilidad llega á ser inmoral.

Decimos esto, carísimos hijos en Jesucristo, porque no es nada raro, y sí bien comun en escritores herejes é impíos, impugnar el dogma católico sobre la confesion en este terreno, como si con ella se abriera una puerta más amplia para el crimen, á causa de la facilidad del perdón. Una palabra acerca de esta peregrina especie, bastará para patentizar cuánto contiene de absurdo y de insensatez.

Para esto no tenemos en verdad, mas que recordaros lo que todos sabeis. ¿Qué es lo que la Iglesia enseña sobre la confesion? ¿Qué es lo que todos los Catecismos y todos los Párrocos Católicos explican, lo que todos los Predicadores católicos inculcan respecto de este deber? ¿No es verdad, que lo que todos ellos os dicen y os predicán á una voz es, que sin el dolor y la detestacion de los pecados cometidos, y sin el propósito firme de la enmienda, de nada aprovecha la absolucion del Sacerdote, y ántes bien en recibirla sin aquellos requisitos, se comete un enorme sacrilegio? Pues ahora bien. Si hacer actos de contricion y detestacion del pecado; si formar resoluciones sinceras de no volver á cometerlo: si tener firme propósito de huir y evitar las ocasiones de pecar: si todo esto, decimos, en nada contribuye á alejar al hombre del mal, y ántes bien, es un estímulo para que lo cometa: ¿no os parece, amados nuestros, que quien tal afirma ó usa de tan inverso lenguaje, el día ménos pensado vendrá diciéndoos: que os guardéis de acercaros al fuego, si quereis estar calientes, ó que os espongaís por largas horas á los rayos del sol de medio día, si quereis estar frescos?

Tan absurdo es por lo visto este ataque de los herejes á la Confesion Sacramental, que muchos escritores protestantes, entre ellos el célebre Fitz William en sus *Cartas de Atico*, han reconocido en fuerza de la evidencia, que la Confesion usada en la Iglesia Católica, es por el contrario, el más eficaz de todos los medios para conservar la moralidad, puesto que ni la filosofía que tan monstruosos errores ha autorizado en punto á costumbres; ni la policía, que sólo remedia algun desorden grave y externo; ni la misma vigilancia de los padres de familia, que no se extiende mas que al exterior del hombre, pueden como la confesion, penetrar hasta lo íntimo del corazon, sorprender la culpa en su mismo origen, donde principian sus estragos, y considerarla, no con respecto á las pasiones que la justifican y la atenúan, sino en presen-

cia de la santidad infinita de Dios que no puede sufrirla: por manera que sin violencia alguna, podriamos aplicar á la ley Católica sobre la confesion; lo que el Apóstol San Pablo en su Epístola á los hebreos, nos dice acerca de la palabra de Dios, esto es: *que ella es eficaz y corta más que una espada de dos filos; porque entra y penetra hasta lo interior de la alma y del espíritu, hasta las coyunturas y médulas, y conoce los pensamientos y movimientos del corazón.*

Pero la confesion, añaden, puede convertirse en un instrumento de la política, por la revelacion de los secretos que en el confesonario se confían al Sacerdote.

Bien sabeis en cuanto á esto, amados hijos nuestros, que conforme á la doctrina católica sobre el sigilo sacramental, los Sacerdotes están tan rigurosamente obligados á guardarlo, que ninguna Autoridad en la Iglesia, ni aún la del Concilio General ó del mismo Papa, puede dispensar jamás á ningun Sacerdote sobre su observancia; porque este deber fundado en la ley Divina, obliga aún enfrente de la muerte y del martirio. Bastaria con esto, hablando entre católicos, porque para ellos no puede escogitarse ciertamente mayor garantía.

Pero ademas decimos: que ese ataque á la confesion, sobre arrojar á la faz de la Iglesia una sospecha calumniosa que excede á toda ponderacion, envuelve tambien una imposibilidad que sólo puede tener cabida en las anchísimas tragaderas, del que por impugnar la Religion, apela á toda especie de armas, aún á aquellas que desecha, no ya sólo el sentido religioso, sino aún el simple sentido comun. Porque, ¿cómo concebir ese complot con los Gobiernos, en que habrian tomado parte los Santos Apóstoles, todos los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, todos los hombres más esclarecidos en virtud, y aún la mayor parte de los más ilustres en génio y en ciencia, que en diez y nueve siglos de Catolicismo, han honrado y enaltecido la humanidad? ¿Es por ventura creible que á ninguna de estas eminencias en santidad, en génio y en ciencia, le ocurriera, que recomendando, elogiando y prescribiendo la confesion, recomendaban, elogiaban y prescribian una práctica inmoral y abusiva, que convertiria el Sacerdocio cristiano, en una turba de viles esbirros, al servicio de los Gobiernos? Y si lo advirtieron: ¿Es acaso ménos increíble, que de tan buena voluntad se prestaran á hacerse cómplices en tan enorme y repugnante atentado?

Pues todavía algo más. Si tan monstruoso abuso fuera en efecto un

sério peligro, no por ser meramente posible de parte de algun perverso Sacerdote, sino por la facilidad de que se generalizara, ó constituyé-  
ra un estado anormal en alguna época, ó en alguna parte del mundo. ¿Cómo es, que en diez y nueve siglos, jamás se ha oido hablar de que en algun tiempo ó en algun país, se haya sistemado, ó por lo ménos hecho frecuente semejante prevaricacion? Desde el nacimiento del protestantismo, y en el curso del siglo diez y seis, la Inglaterra, la Escocia, una gran parte de la Suiza, una buena parte de la Alemania, y todos los países del Norte, abandonaron la Religion Católica, haciéndose protestantes; el fanatismo, el ódio más encarnizado contra el catolicismo se entronizó por mucho tiempo en todos estos países. Sectarios furiosos en su aversion á la Iglesia, fueron dueños de todas las bibliotecas y archivos de las antiguas Diócesis, de los Conventos, Colegios, y aún de los de los Gobiernos ántes católicos: ¿cómo es que no publicaron cuanto en ellos debió por fuerza encontrarse en orden á infidencias y prevaricatos de Confesores al servicio de los Gobiernos? De fines del siglo pasado á la fecha, la revolucion irreligiosa y atea ha recorrido todos los países que quedaron católicos despues de la defeccion del siglo diez y seis: ella se ha enseñoreado de la mayor parte de los Gobiernos: hombres de instintos feroces contra el Clero Católico, han sido tambien dueños de publicar en esta segunda época, aún con más libertad y universalidad que en la primera, cuanto hubieran querido, para desacreditar á la Iglesia y para hacer odiosas sus instituciones, muy particularmente la de la Confesion, que tanto les incomoda: ¿cómo es que tampoco en esta vez han aprovechádose de las circunstancias que los favorecian, para publicar lo mucho que debieron necesariamente hallar en los protocolos, bibliotecas y archivos, que pusiera en claro esa violacion frecuente, ó erigida en sistema, de los secretos de la Confesion, para favorecer á los Gobiernos, si en efecto alguna vez, tan escandaloso abuso hubiera existido?

Para concluir, muy amados hijos nuestros, esta brevísima vindicacion del dogma Católico acerca de la Confesion Sacramental, os diremos: que tan saludable precepto, ni siquiera es ya impugnado por los mismos protestantes estudiosos: y que su utilidad es tan universalmente reconocida hace mucho tiempo en el mismo seno del protestantismo, que segun consta en la historia, desde la época de Carlos V fué dirigida una peticion á este Emperador por la ciudad protestante de Nu-

remberg, rogándole con instancia que restableciera la confesion por medio de un Edicto imperial, á fin de reprimir la inmoralidad y la espantosa licencia de costumbres á que habia dado lugar la abolicion de tan saludable práctica. La ciudad de Strasburgo pretendió tambien restablecerla, como se puede ver en las *Cartas de Schefmacher carta 4.<sup>a</sup>* En Suecia se ha conservado este uso, como admitido expresamente en la *Confesion Ausburgo*, segun Bossuet, *Historia de las variaciones l. 3 n. 46*; y segun Mosheim en su *Historia eclesiástica*, la confesion se practicaba en su tiempo en Prusia.

Por lo que hace á los muchos escritores protestantes favorables á la Confesion Sacramental, cuyas citas harian demasiado larga esta nuestra instruccion, sólo aduciremos las palabras de dos de ellos, á saber, del Doctor Kirchoff, y del más ilustre de todos, el profundo filósofo Leibnitz. Las del primero, citadas por el Rev. P. Raulica (CONFERENCIAS SOBRE LA CONFESIÓN SACRAMENTAL), son las siguientes: *Nosotros, dice, no tenemos toda la ciencia necesaria, como Dios, para leer en los corazones; y sin embargo, es necesario que podamos hacerlo, para cuidar de la salud de nuestra Iglesia. ¡Mas por qué otro camino podremos conseguirlo, que por la confesion privada? ¡Oh como se puede conmovier la conciencia de un pecador, cuando se penetra en los pliegues más recónditos de su alma! Sí: de este único modo es como un eclesiástico puede ser lo que debe ser, segun su alta mision: el consejero, el guía, el protector, en todas las materias espirituales.* El segundo, en su SISTEMA TEOLÓGICO, es todavía mucho más explícito, cuando dice: *La necesidad de la confesion aparta á muchos hombres del mal, sobre todo, á aquellos que no están todavía endurecidos, y ofrece los más grandes consuelos á los que han caido. Yo siempre consideraré á un confesor prudente y discreto, como el grande órgano de la Divinidad, para la salvacion de las almas: porque sus consejos sirven para reglar nuestros afectos, para hacernos advertir nuestras faltas, para comprometernos á evitar las ocasiones del pecado, para hacer restituir lo mal habido, para reparar los escándalos, para disipar las dudas, para levantar el espíritu abatido, para curar, en fin, ó aliviar todos los males de las almas enfermas. Y si difícilmente puede encontrarse en los negocios humanos algo más excelente que un fiel amigo: ¡qué será, cuando este amigo está obligado por la inviolable religion de un sacramento divino,*

*á guardarnos su fe, y á escucharnos con benevolencia y caridad?*

Ni debe ciertamente sorprendernos, que protestantes probos y sábios se expresen como acabais de ver; puesto que aún los filósofos incrédulos del último siglo, se ven obligados en ciertos momentos de sensatez, á pagar su tributo de admiracion y de elogios al Dogma Católico de la Confesion. *¡Qué preservativo tan saludable, exclama Marmontel (Memoires lib. 1.<sup>o</sup>), para las costumbres de la adolescencia, es el uso y la obligacion de ir todos los meses á confesarse! El pudor de esta humilde manifestacion de las culpas más ocultas, evita tal vez un número más grande de ellas, que todos los motivos más santos.* El tristemente célebre Raynál, despues de pintar y describir el estado floreciente de las misiones de los Jesuitas en el Paraguay; obligado por la lógica inflexible de los hechos, conviene (HISTORIA DE LOS ESTABLECIMIENTOS EUROPEOS EN LAS INDIAS), en que EL MEJOR DE TODOS LOS GOBIERNOS SERIA UNA TEOCRACIA, EN QUE SE ESTABLECIE- RA EL TRIBUNAL DE LA CONFESION. Rousseau en su EMILIO, LIB. 4, rinde este mismo homenaje á la confesion, diciendo: *¡Qué de restituciones, qué de reparaciones se hacen y ejecutan por medio de la confesion entre los católicos!* Y el mismo Voltaire, Patriarca de la incredulidad, en su ENSAYO SOBRE LAS COSTUMBRES, no vacila en afirmar, que: *Puede considerarse la confesion, como el freno más grande de los crímenes secretos.* Y en otra parte (ANALES DEL IMPERIO T, 1.<sup>o</sup>), escribe lo siguiente: *Los enemigos de la Iglesia Romana, que han declamado contra la confesion, quitan á los hombres el freno más saludable que pueda excogitarse. Los mismos sábios de la antigüedad sintieron la importancia de tan vital institucion; y si no la pudieron hacer obligatoria para todos, sí establecieron y recomendaron su práctica para los que aspiraban á una vida más perfecta; pues que esta práctica era la primera expiacion de los iniciados entre los Egipcios y en los misterios de Ceres Eleusina. Así es que, la Religion Cristiana ha consagrado y santificado aquello cuya utilidad habia ya sentido y adivinado como en sombras la sabiduría de los hombres.*

Pero tiempo es ya, carísimos hijos en Jesucristo, de ocuparnos de la segunda parte de esta Instruccion, en la cual, despues de haber procurado vindicar someramente en la primera, el dogma de la Iglesia acer-